

# Cuadernos del Sur

---

AÑO 13 - Nº 24

*Mayo de 1997*

Tierra  fuego  
del

# La mundialización capitalista



Desde principios de los años ochenta «globalización» ha sido una categoría de análisis utilizada, a veces abusivamente, para identificar o caracterizar la fase actual del capitalismo. En su acepción más abarcativa «globalización» identificaría un mundo sin fronteras y unas corporaciones internacionales que no tendrían amarre en nación alguna.

En América Latina esta noción es invocada a diario para justificar la más variadas políticas, que en general aparecen fragmentadas y desconectadas de los diversos acontecimientos político-sociales, recubiertas por un planteo tecnicista: estabilización y convertibilidad de las monedas; privatización de empresas públicas y Estado «mínimo»; igualdad de condiciones entre empresas locales y extranjeras; apertura de la economía, desregulaciones varias... que, sin embargo, responden todas a una misma lógica. Esta estandarización de la economía mundial se rige por las reglas generales del liberalismo económico y responde así a una exigencia de la gran burguesía internacional que requiere reaseguros y reglas claras en aquellos países donde invierten.

En Argentina esta invocación es siempre una y la misma: la «globalización» impone un cauce único y “objetivo” a nuestra economía. Aparece así en los discursos oficiales como una variable independiente, como una suerte de causa sin causa, un estado natural donde la economía está librada al libre juego de las fuerzas del mercado, que legitima aquellas políticas estatales.

Sin embargo otra mirada es posible. Y en ella la «globalización», en rigor un eufemismo con el cual se intenta ocultar el proceso de mundialización del capital, no es otra cosa que una reorganización de la economía mundial como respuesta defensiva de las multinacionales para enfrentar el fin de la onda larga de expansión capitalista ocurrido

en los inicios de la década de los setenta. Ella lleva implícita una agudización de las relaciones antagónicas entre las tendencias crecientes a la mundialización y las soberanías de los Estados-nación que se ven conmocionadas hasta sus cimientos.

El lugar privilegiado donde se desenvuelve este antagonismo es en el campo del dinero y las política monetarias, estimulado por la existencia de una plétora de fondos especulativos. Es el capital financiero que con sus flujos y reflujos pone en jaque la capacidad de regulación y control de los Estados.

Pero la “globalización” es también, fundamentalmente, una estrategia política. Y una lectura a sus múltiples instancias lleva a reconocer los momentos de ruptura y de confrontación, así como los profundos y drásticos cambios que provoca en el plano de las relaciones sociales, como mecanismo modificadorio de las relaciones entre las clases y los Estados.

Situarse ante la globalización requiere historizar los acontecimientos. Es decir, incorporar las mediaciones sociales y políticas que permitan desfetichizar, desnaturalizar las categorías analíticas propias de la cosmovisión neoliberal y romper con la carga de pasividad y resignación implícitas en estas “síntesis totalizadoras”. Apartarse de una visión en boga que presenta esta situación de manera fragmentada, desconectada, sólo simbolizada en lo “objetivo”, en lo que se impone por la fuerza omnipotente de lo “inevitable”. Por el contrario se hace necesario considerar el componente ideológico de su construcción y configuración discursiva, dándole significado a la estrategia implícita en todas y cada una de sus acciones.

Paralelamente a esto, a medida que se extiende el uso del término «globalización» se desvaloriza el de imperialismo. Sin embargo uno no anula al otro, por el contrario en el marco de las relaciones, procesos y estructuras que constituyen el capitalismo como modo de producción, ambos se determinan recíprocamente, se contraponen y se complementan. La mundialización del capital —hoy «globalización»— es históricamente más amplia y abarcadora y puede contener uno o varios imperialismos, nacionalismos y regionalismos.

La mundialización va haciendo cambiar profundamente el carácter de los Estados, pero no los hace desaparecer. Estos pierden buena parte del control de sus decisiones económicas y políticas y no pueden ya fijar libremente su estrategia internacional, pero siguen dependiendo de un territorio y de relaciones sociales y políticas nacionales.

El proceso de “globalización” puede leerse entonces como expresión de la fuga defensiva del capital. Su forma productiva se repliega —bien que en términos relativos— y la forma dineraria, constituida en capital financiero, despliega su predominio. Desde ese lugar el capital aplica de manera contundente las modificaciones sustanciales de la reestructuración social.

Los estados nacionales y sus instituciones —vitales durante el apogeo de las políticas del llamado Estado de Bienestar— ven desdibujadas sus anteriores acciones regulatorias. Sin embargo, esta situación no implica su desaparición, sino, la reformulación de sus intervenciones. En este sentido, la “desregulación” es el nombre que adquieren, bajo las políticas neoliberales, las actuales incursiones regulatorias del Estado. Su carácter está profundamente relacionado con la “funcionalidad” requerida por la acentuada multinacionalización económico-política. Esta transformación, signada por los ajustes permanentes y la restricción de los espacios democráticos da cuenta de alteraciones que atraviesan al conjunto de la sociedad, estableciendo una estructura fragmentada, debilitada en sus lazos solidarios, propensa a una mayor dispersión.

La puesta en práctica de los programas de privatización, la aplicación de políticas precarizadoras y flexibilizadoras en el ámbito laboral, el aumento de la desocupación y la pobreza...dejan al descubierto el rostro de la “globalización”, su diseño estratégico específico, es decir, la dimensión político-social que se pone en juego, la lucha de clases se presenta así en toda su intensidad.

Expresión de esta última afirmación, es la dinámica que asumen los conflictos en la actualidad. Frente a la retirada del Estado se diluye el papel integrador de las instituciones, las representaciones tradicionales —particularmente las burocratizadas direcciones sindicales— no están en condiciones de presentar mayores demandas a los estados, ni de ofrecerse como mediadores ante los trabajadores y el resto de las clases subalternas, que al no encontrar canales institucionales tienden a radicalizarse.

Las recientes experiencias de Cutral-có y Tartagal, las manifestaciones populares en Jujuy y otras provincias, los trabajadores de la Fiat Córdoba, las confrontaciones docentes en todo el país, las movilizaciones estudiantiles, contienen diversas expresiones de lucha y organización, formas embrionarias de autoorganización y ejercicios de democracia y acción directas. Caminos todos por los que el movi-

miento obrero y las clases subalternas buscan recuperar su independencia y darse direcciones propias.

La mundialización del capital homogeneiza por arriba y fragmenta por abajo, pero al mismo tiempo diluye las formas de integración y control social, se abren así nuevos caminos y nuevas posibilidades para el movimiento social.

RL/EL  
Buenos Aires,  
mayo 1997